



La Santa Sede

**AUDIENCIA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II
A LOS PEREGRINOS QUE PARTICIPARON
EN LA BEATIFICACIÓN DE 44 TESTIGOS DE LA FE**

Lunes 6 de marzo de 2000

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Os acojo con alegría esta mañana, al día siguiente de la solemne beatificación de un numeroso grupo de testigos de la fe. Procedéis de diversos países, especialmente de Brasil, Bielorrusia, Filipinas, Tailandia y Vietnam. Os dirijo a todos mi más cordial saludo.

Todos los nuevos beatos –sacerdotes, religiosas, laicos y laicas– son mártires. Me complace subrayar la particular elocuencia de este hecho: la primera beatificación del Año santo 2000 se sitúa bajo el signo del martirio, es decir, del don total de sí por Cristo y por el Evangelio. Estos mártires hicieron de su vida una respuesta generosa al don de Dios, y son para todos nosotros modelos convincentes de testimonio cristiano.

2. Saludo muy cordialmente al señor cardenal Paul Joseph Pham Đình Tung, arzobispo de Hanoi, a los obispos y a los peregrinos vietnamitas, así como a sus amigos, que han venido para la beatificación de Andrés de Phú Yên. El padre Alejandro de Rhodes había descubierto en este joven una gran inteligencia y una intensa vida espiritual. Para ayudar a los sacerdotes a anunciar el Evangelio, lo acogió entre sus colaboradores más cercanos, y después en la asociación de catequistas "La casa de Dios".

Desde entonces, conquistado por Cristo, Andrés se comprometió públicamente a consagrar su vida al servicio de la Iglesia, aceptando generosamente compartir hasta el fin el sacrificio del Señor crucificado, seguro de seguirlo en su resurrección.

Desde hace más de trescientos cincuenta años, los católicos de Vietnam no han olvidado nunca a

este testigo del Evangelio, protomártir de su país. Han encontrado en él un modelo de fe serena y amor generoso a Cristo y a su Iglesia. Ojalá que descubran aún hoy en su ejemplo la fuerza de permanecer fieles a su vocación cristiana, con lealtad a la Iglesia y a su país. Que el beato Andrés, cuyo celo ardiente permitió que el Evangelio se proclamara, se arraigara y se desarrollara, dé a todos los catequistas la audacia de ser verdaderos testigos de la fe, mediante una vida totalmente entregada a Cristo y a sus hermanos.

3. Extiendo mi afectuoso saludo al cardenal Michael Michai Kitbunchu y a los obispos de Tailandia, así como a los sacerdotes, los religiosos y fieles que han venido a Roma para la beatificación del padre Nicolás Bunkerd Kitbamrung. La Iglesia en Tailandia se alegra de que uno de sus hijos haya sido elevado a los altares. El beato Nicolás vivió completamente entregado a su ministerio sacerdotal, que manifestó en su amor a los demás, en su compromiso en la enseñanza de la fe y en su valiente testimonio en tiempos difíciles.

Pido a Dios que, por intercesión del padre Nicolás, la comunidad católica de vuestro país sea bendecida siempre con sacerdotes animados por ese mismo espíritu.

Doy cordialmente la bienvenida al cardenal Ricardo Vidal y a los obispos de Filipinas, así como a los numerosos peregrinos que los han acompañado. Durante mucho tiempo el pueblo de Filipinas, en especial el de Visayas, su región natal, ha esperado con ilusión la beatificación de Pedro Calungsod. El beato Pedro escuchó en temprana edad la llamada de Cristo y jamás vaciló en su deseo de hacer la voluntad de Dios, incluso a costa de su vida. Roguemos para que muchos jóvenes sigan el ejemplo del beato Pedro y se entreguen al Señor en las diferentes formas de apostolado laico, o en el sacerdocio y en la vida religiosa.

Invoco el gozo y la paz del Salvador resucitado sobre vosotros y sobre vuestras familias.

4. Saludo ahora con viva satisfacción al señor cardenal Eugênio de Araújo Sales y a los numerosos obispos presentes con los peregrinos brasileños que han venido a Roma para participar en la solemne beatificación de los mártires de Natal: el jesuita Andrés de Soveral, el presbítero Ambrosio Francisco Ferro y sus comunidades de 28 laicos que, en los orígenes de la historia de Brasil, dieron la vida por mantenerse fieles a su fe.

Estos mártires, beatificados ayer, provenían de las comunidades de Cunhaú y Uruaçu en Río Grande del Norte. Allí germinó la semilla del martirio para transformarse en la gran cosecha de frutos sazonados por la continua acción evangelizadora y santificadora de la Iglesia en Brasil a lo largo de estos cinco siglos de historia. Su sangre regó el suelo patrio, volviéndolo fértil para la generación de nuevos cristianos. Son las primicias del trabajo misionero, y fueron llamados protomártires del Brasil del Evangelio en aquellas regiones, que recibieron el nombre de Tierra de la Santa Cruz.

Pidamos a Dios que el ejemplo de fidelidad de estos primeros cristianos, especialmente de aquellas familias de mártires, muchas de las cuales con niños pequeños, y de la gran multitud de personas cuyo nombre no se conoce, nos impulse a renovar nuestro compromiso en favor de una evangelización fecunda y audaz en todos los ámbitos de la sociedad. Y que nuestra Señora Aparecida, Madre de Dios y Madre nuestra, camine a nuestro lado por todos los caminos de la vida.

5. Saludo cordialmente a los peregrinos de Polonia y Bielorrusia.

Saludo a los señores cardenales –uno de ellos es americano, de origen polaco-bielorruso–, a los obispos y a los sacerdotes.

Dirijo un saludo particular a las religiosas de la congregación de la Sagrada Familia de Nazaret, nazaretanas, que han venido a Roma para dar gracias a Dios por el don de la beatificación de las once hermanas mártires de Nowogródek.

Cuando conmemoramos a estas heroicas nazaretanas, nos vienen a la mente las palabras de Jesús: "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (*Jn 15, 13*). Ellas confirmaron perfectamente la verdad de estas palabras con su vida, entregada de modo pleno, y con su muerte. Antes de la guerra y durante la ocupación servían con celo a los habitantes de Nowogródek, participando activamente en la pastoral, en la educación, y realizando diversas obras de caridad. Su amor a las personas entre las que desempeñaban su misión cobró un significado particular ante la atrocidad del invasor nazi. Todas a la vez, por unanimidad, ofrecieron a Dios su vida, pidiendo a cambio que se salvara la vida de los padres y las madres de familia, así como la del sacerdote, el pastor local. El Señor acogió benévolamente su ofrenda y, como creemos, las ha recompensado con abundancia en su gloria.

Hoy, juntamente con toda la congregación de las nazaretanas, glorificamos a Dios por esta gracia, en virtud de la cual el carisma monástico y el celo apostólico pudo producir frutos de martirio tan admirables. Que la sangre de estas religiosas beatas sea la semilla de nuevas vocaciones religiosas y el apoyo para muchos en el camino de la santidad.

Las nuevas beatas, María Estrella Mardosewicz y las diez hermanas, intercedan ante Dios por todo el pueblo de Bielorrusia, al que cordialmente saludo.

Bendigo de corazón a todos los peregrinos aquí presentes. ¡Alabado sea Jesucristo!

6. Amadísimos hermanos y hermanas, demos gracias a Dios por el don de estos luminosos testigos del Evangelio. Alabémoslo con nuestra vida, y procuremos imitar, con su gracia, los ejemplos de estos mártires.

Nos asista la Virgen María, Reina de los santos y Auxilio de los cristianos. Al volver a vuestros países y a vuestras casas, llevad el recuerdo de estas celebraciones solemnes, que os han hecho sentir la alegría de pertenecer a la Iglesia una y santa, y llevad también a vuestros seres queridos la bendición que el Papa os imparte con afecto.